Anselm Jappe

Ecología o economía

Hay que elegir

Traducción del francés de Diego Luis Sanromán

ÍNDICE

Introducción
la economía en detrimento de la ecología, 7

I
Capitalismo
Las causas del desastre, 15

las diez plagas, 17
una transición ya perdida, 36
la lógica del valor, 44
el agotamiento del mundo, 63
forma y materia, 67

II
Economía
El enemigo principal, 87

la obsesión del capitalismo fósil, 89
antropoceno, capitaloceno y compañía, 103
¿*just stop oil*?, 106
ecosocialismo, 109
decrecimiento, 119
del primitivismo a la cibernética, 126

CRÍTICA ANTIINDUSTRIAL, 142
CATASTROFISMO, 149
RESILIENCIA, CIENCIA, APROPIACIÓN,
TECNOSOLUCIONISMO, 159
SOLUCIONES AUTORITARIAS, 168
¿TODOS CÓMPLICES, TODOS CULPABLES?, 176

III
Anticapitalismo
La única salida posible, 189

¿QUÉ NOS ES DADO ESPERAR?, 191
NO TODO ESTÁ PERDIDO, 201

Posfacio, 209

Introducción

LA ECONOMÍA EN DETRIMENTO DE LA ECOLOGÍA

Al contrario que muchos otros, este libro no pretende describir los estragos ambientales presentes y futuros ni insistir en la absoluta urgencia de ponerles remedio. Consideramos tal necesidad como probada. Se trata más bien de comprender las causas profundas del desastre en curso, condición *sine qua non* para encontrar vías de salida.

Afrontamos la crisis ecológica con la convicción de que la continuación de la vida sobre la tierra es incompatible con la prosecución del capitalismo. Este no ha de entenderse solo en su forma neoliberal, o como dominación de los «ricos» o de los «mercados financieros». Queremos mostrar que las *categorías básicas* de la economía moderna —el valor, el trabajo, la mercancía, el dinero—, así como la forma-Estado, conducen *inevitablemente* a la catástrofe ambiental, independientemente incluso de la voluntad de los actores, incluidos aquellos que creen sinceramente poder evitarla. La «crítica del valor», que ha repensado ciertos conceptos de Marx, nos servirá como matriz analítica (la explicitaremos a lo largo de todo este libro). Del mismo modo que trataremos de demostrar que la continua expansión de la producción material —con su cortejo de contaminaciones y el agotamiento de los recursos— resulta de la contradicción interna de la producción mercantil: reducir lo más posible la utilización de

la fuerza de trabajo mediante el recurso a las tecnologías, mientras que el trabajo vivo sigue siendo la única fuente de valor y, en consecuencia, de ganancia. Este modo de producción es *necesariamente* ciego; no puede tener en cuenta sus efectos. Ninguna «economía verde» o «transición ecológica» podrá atenuarlos: su único objetivo es tratar de salvar la sociedad de mercado.

No parece necesario definir aquí lo que se entiende por «crisis ecológica», porque estimamos que el lector ya lo sabe. Calentamiento climático y contaminación química, industria nuclear y campos electromagnéticos, reducción de la biodiversidad y desertificación, cantidades ingentes de plástico en los océanos y residuos incontrolables, muerte de las abejas y omnipresencia del amianto, subida del nivel del mar y desaparición de los glaciares... todo ello ha salido de la misma caja de Pandora (¡se diría que hay varias!). Son las consecuencias de la dominación humana sobre la naturaleza o, por decirlo de otro modo, del metabolismo (intercambio orgánico) del ser humano con la naturaleza en una época —la del capitalismo— en la que la aplicación técnica de las ciencias desempeña un papel central.

A partir de estos presupuestos, este texto examina los debates contemporáneos sobre las soluciones propuestas para limitar el desastre ecológico: en primer lugar, para mostrar la ineficacia de las medidas contempladas por los diferentes gestores (actuales o potenciales) del capitalismo, tanto de derechas como de izquierdas, a los cuales están asociados a menudo los ecologistas institucionales. Todas tratan de nadar y guardar la ropa, de preservar el clima y la naturaleza sin atacar al crecimiento y el capital, los empleos y «nuestro» modo de vida, las ganancias y la competitividad de las empresas. Es lo que pretende la «transición ecológica», con su «desarrollo sostenible» y su «pacto verde». Al elegir siempre la economía en detrimento de la ecología, esta estrategia no puede obtener resultados satisfactorios. Por otro lado, cada vez se ve más cuestionada por la derecha populista y por una parte del capital mundial. Casi todo el *green deal* ha sido abandonado *de facto*, y esto mucho antes de la re-

elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos, que ha marcado definitivamente el final de toda veleidad de transición incluso en Europa. No obstante, el anuncio de una transición no constituye solo una concesión hecha por los Gobiernos a unas poblaciones cada vez más inquietas ante un cambio climático cada vez más evidente, transición que los Gobiernos estaban dispuestos a suprimir alegremente a la primera ocasión. Se trata igualmente de la reorganización «ecológica» del capitalismo, que debe servir a sus intereses en varios planos: cambiar de modelo industrial frente al agotamiento de ciertos recursos, encontrar nuevas fuentes de ganancia y reforzar el control estatal y tecnológico de la población.

Hay que subrayar también los límites de ciertos enfoques que se presentan, sin embargo, como más radicales, como el *decrecimiento*, pues una parte de quienes lo reivindican evitan adoptar posiciones explícitamente anticapitalistas y antiestatistas al tiempo que minimizan el alcance de las rupturas necesarias; o como el *ecosocialismo*, que se mantiene ambiguo con respecto a la sociedad industrial y el consumo. Mostraremos igualmente los límites de posiciones como el *primitivismo*, la ecología profunda, o también aquellas que preconizan nada menos que la superación del dualismo naturaleza/cultura y que contribuyen a enmascarar el carácter capitalista que reviste la crisis ecológica. En cuanto al movimiento *antiindustrial*, también llamado «tecnocrítico», escapa en parte a estas anomias, pero suscita otras críticas. Todas estas teorías presentan un doble rostro: se apoyan en investigaciones científicas y/o históricas sobre la crisis actual a menudo realizadas en el ámbito universitario; y al tiempo proponen acciones más o menos vinculadas a prácticas militantes. La reivindicación más extendida en el campo ecologista es el abandono de las energías fósiles, consideradas las principales responsables de las emisiones industriales de gas con efecto invernadero. Este objetivo, que moviliza tanto a los investigadores como a los activistas, acarrea sin embargo el riesgo de no llevarnos más que a la generalización del coche eléc-

trico, a las eólicas y a la dudosa renovación de los edificios, creando nuevos mercados que den así un nuevo impulso al capitalismo.

Algunos de estos movimientos —que son, pues, tanto intelectuales como políticos— albergan la esperanza de que la inminencia de una catástrofe provocará en la sociedad una toma de conciencia suficientemente amplia para hacer que se adopten medidas de otro modo inimaginables. Sin embargo, es poco probable, como trataremos de explicar, que el «catastrofismo» pueda verdaderamente suscitar una amplia adhesión al decrecimiento o a otras formas de ecología radical. Por el contrario, es bastante verosímil que la sensación de un peligro cercano —si prevalece, algo que no es tan seguro como podía creerse hace apenas unos años— provoque más bien una aceptación masiva del «tecnosolucionismo», que vaya desde la gestión digital de los flujos de energía, los residuos, la circulación y los comportamientos individuales hasta la geoingeniería y sus descabellados proyectos. El nombre genérico de este enfoque, «resiliencia», es una palabra mágica repetida ahora por doquier y a todas horas: adaptarse a todo, en lugar de intentar modificar el curso de las cosas. La resiliencia —que significa que todo se justifica en nombre de la supervivencia— se combina de forma completamente natural con un autoritarismo generalizado y con formas omnipresentes de control. Su expresión podría presentarse, según las circunstancias, bajo los colores del «ecofascismo» o del «ecoleninismo», o a través de procedimientos integralmente gestionados por los algoritmos y la inteligencia artificial. Frente a ellos, resultará de todo punto inútil apelar a las viejas libertades democráticas, sobre todo porque el debate sobre la «ecología punitiva» saca a la luz la estéril oposición entre el derecho del individuo liberal a dañar sin trabas el medioambiente y la pretensión del Estado de prescribirle hasta los menores gestos. Es evidente que una perspectiva emancipatoria —que combine la emancipación social con la salvaguarda del medioambiente y una reducción del nivel tecnológico— debe superar tales oposiciones prefabricadas. Si esta perspectiva no se impone, la evolución más

I

Capitalismo
Las causas del desastre

LAS DIEZ PLAGAS

Las imágenes y las palabras del Antiguo Testamento impresionan a los seres humanos desde hace milenios, e incluso hoy no es necesario ser creyente para sentir todo su poderío evocador. Entre las escenas que más han marcado los espíritus —verdaderos arquetipos del imaginario colectivo— se encuentra aquella en la que Moisés anuncia al faraón incrédulo y obstinado la serie de plagas que se abatirán sobre su país si no cambia «su política». La mayoría de esas calamidades son claramente naturales, catástrofes ecológicas, las llamaríamos hoy: las aguas del río convertidas en sangre, una invasión de ranas, el polvo de la tierra transformado en pulgas (o en mosquitos), las moscas venenosas (tábanos), la muerte de los rebaños, úlceras formadas por la erupción de pústulas, el granizo mezclado con el fuego, la avalancha de langostas.

¿Quién es el poderoso del mundo actual que no se asemeja al faraón? ¿Y quién entre sus súbditos podría afirmar que no lo apoya? Incluso entre quienes se declaran preocupados por la catástrofe ecológica en curso, ¿cuántos aceptarían verdaderamente todas las consecuencias del auténtico cambio necesario?[1]

1 Probablemente se alcen voces que sospecharán que me he convertido al cristianismo, o cuando menos de haberme aproximado a la ecología cristiana o directamente al papa Francisco y su encíclica *Laudato si'*. Pero, cuando empecé mi libro *La sociedad autófaga* (Pepitas, 2019) con un resumen del mito griego de Erisictón, nadie me acusó de creer en la mitología antigua.

A pesar de las advertencias del destino, no se aprovecha la oportunidad de cambiar de rumbo cuando esta se presenta. El comienzo de la pandemia de covid habría podido provocar un cambio de rumbo, una ruptura; la guerra de Ucrania, con la necesidad de escapar de la dependencia del gas ruso, también. Pero los faraones de hoy no quisieron agarrarse al salvavidas que el destino les lanzaba. Pretenden curar un cáncer avanzado con aspirina o vaciar el mar con una cucharilla.

Esa aspirina se llama «pacto verde», Green New Deal, «desarrollo sostenible», «transición ecológica», «transición energética» o incluso «economía verde». Es una supuesta autorreforma del capitalismo. ¿Tiene, o más bien tenía, alguna oportunidad de triunfar?

La transición prometida no tenía como objetivo «salvar el planeta», sino salvar el capitalismo, y sobre todo reaccionar ante ciertas evoluciones que empezaban a poner en peligro la continuidad de la acumulación del capital, como la disminución de algunos recursos indispensables para la producción industrial, *in primis* el petróleo. El «pacto verde por Europa», presentado por primera vez por la Comisión Europea en diciembre de 2019, fue votado al principio por una amplia mayoría en el Parlamento Europeo, aparentemente como reacción a un fuerte ascenso de las preocupaciones medioambientales entre la población. A lo largo de todo el año 2019, se desarrollaron «marchas por el clima» y «huelgas estudiantiles por el clima», durante las cuales los medios se complacieron en destacar la figura emblemática de la joven sueca Greta Thunberg. Pero lo que vino después demostró la gran versatilidad de la opinión pública en cuanto a las políticas medioambientales. Dejaron de generar consenso en cuanto implicaron el deber de hacer algunos sacrificios. Los dirigentes habrían podido ignorar la demanda de adoptar medidas ecológicas del mismo modo que habían ignorado otras, sobre todo las relativas a la equidad social, si tal demanda emanase únicamente de las poblaciones, o del mismo modo que han ignorado en ciertos países el resultado de los referéndums que rechazaban los

tratados europeos. Como acabamos de recordar, el pacto verde no constituye una simple concesión que el Estado y el capital hacen a regañadientes a ciertas franjas de la población mundial en rebelión. Es también altamente improbable que la decisión de emprender una «transición ecológica» sea resultado de un reconocimiento sincero por parte de aquellos que tienen el poder de tomar medidas del hecho de que la humanidad entera vaya a sufrir las consecuencias de una catástrofe ecológica. En los despachos climatizados, esas figuras poderosas no sufren las canículas ni constatan la muerte de los pájaros, y la próxima desaparición de Bangladesh bajo las aguas no les concierne directamente.

La «transición ecológica» prometida se manifiesta esencialmente bajo la forma de la «transición energética», basada en las energías renovables, el coche eléctrico y la eficiencia energética, en particular de los edificios, es decir, la «descarbonización». Los discursos que esto implica —a menudo bien recibidos por el campo ecológico— identifican la crisis ecológica sobre todo con el calentamiento climático, y este es percibido únicamente como la consecuencia del uso de energías fósiles que emiten gases de efecto invernadero. La transición energética consiste, entonces, en el paso de un modelo industrial a otro, comparable al paso del carbón al petróleo a finales del siglo XIX. Aunque ignoramos incluso si tales cambios tendrán realmente un efecto positivo sobre los indicadores medioambientales, lo que ya es seguro es que acarrean la intensificación del extractivismo mundial necesario para las tecnologías de las energías renovables. Una vez más serán los países del sur, los pobres y los pueblos indígenas, los que pagarán el precio. Una intensificación de la locura nuclear forma igualmente parte del programa. Por ello vemos ya cómo los parques eólicos y las granjas solares asfixian el paisaje por todos lados y cómo los biocombustibles ocupan el lugar de los cultivos alimentarios, por no hablar de la intensificación del uso de pesticidas y de fertilizantes.

Es significativo que la lucha contra el calentamiento climático sea la única parte del pacto verde a la que los representantes del poder se aferran de verdad. En mayo de 2023, el primer ministro belga Alexander De Croo lo enunció claramente: «Lo que hay que evitar ahora es pasarse de la raya añadiendo, por ejemplo, a los objetivos de emisión de CO_2 nuevas normas de dióxido de nitrógeno, nuevas normas ligadas a la ley de restauración del medio natural, nuevas normas en el ámbito de la biodiversidad... Pido que pulsemos el botón de pausa, pero no en lo que concierne al CO_2. Con respecto al CO_2, debemos mantener íntegra nuestra ambición».[2]

Esta salida de las energías fósiles, propuesta por el propio capital, es cualquier cosa, pues, salvo revolucionaria. Sin embargo, lo cierto es que no se producirá: como siempre, el efecto rebote hace que las nuevas fuentes de energía *se sumen* a las antiguas, de manera que el consumo mundial de energía no cesa de aumentar. Las energías renovables no constituyen, no obstante, más que un parche para la producción industrial, y mientras haya petróleo, seguirá siendo consumido en cantidades enormes junto a otras fuentes de energía.

Por otro lado, la salida de las energías fósiles, sobre la cual parecía existir de entrada un amplio consenso y que se presentaba como un objetivo en el que «todos ganan», ha encontrado una resistencia inesperada, y que sigue creciendo, en una parte del espectro político y económico, pero también entre la población. Donald Trump abrió el camino en 2017 y pronto lo siguieron en Europa los partidos de la derecha populista. A nivel europeo, han logrado vaciar el *green deal* de gran parte de su sustancia e incluso obligar a sus partidarios a proponer «una pausa en la reglamentación», como hizo el presidente Emmanuel Macron en mayo de 2023.[3] Las diversas limitaciones

2 «Environnement: le Premier ministre belge, Alexander De Croo, favorable, comme Emmanuel Macron, à une "pause" réglementaire européenne», *Le Monde*, 24 de mayo de 2023.

3 No hay un Gobierno más «virtuoso» que otro en este ámbito. Los Gobiernos de Alemania, un país que gusta en general de presentarse como parangón de la protección

impuestas a los coches de motor térmico y el anuncio del futuro cese de su producción han sido muy mal acogidos por la industria automovilística, sobre todo alemana, que ha utilizado toda su influencia para evitar dicho cese, pero también por una parte de la población, en particular entre las clases de rentas bajas. Los partidos de derechas descubrieron entonces que, más allá de sus discursos tradicionales sobre los «migrantes» y la «seguridad», podían ganar muchos votos oponiéndose a lo que ellos mismos describen como una «ecología punitiva», promovida por las «elites» y por los «*bobós*», alejados de las preocupaciones del pueblo trabajador. El conflicto entre las facciones que tratan de gestionar el capitalismo mundial consiste hoy en gran medida en esto: la facción «progresista» (el centro izquierda) tiene la esperanza de nadar y guardar la ropa a través del *green deal*, mientras que la derecha y la extrema derecha afirman que el riesgo de pérdidas económicas a corto plazo es demasiado elevado para justificar semejante política.

No obstante, las acusaciones de traición que los ecologistas dirigen a los Estados no están verdaderamente justificadas: esas medidas, incluso si fueran integralmente aplicadas, no tendrían un gran impacto, o puede que incluso agravaran la situación. La transición ecológica, climática y energética propuesta por los Estados representa una nueva revolución industrial, sobre todo en el campo energético, que puede ser considerada como el equivalente del paso de la madera al carbón y del carbón al petróleo que se produjeron en los siglos XIX y XX. La dimensión ecológica no es más que una apariencia; detrás se ocultan la digitalización, las biotecnologías y las ener-

---

del medioambiente, no le van a la zaga a otros Gobiernos cuando se trata de defender los intereses de *su* economía: basta con pensar en la decisión alemana de bloquear en el último minuto el acuerdo ya alcanzado a nivel europeo para no prolongar la autorización del glifosato; o en el «dieselgate» («caso Volkswagen»), que demostraba el poco entusiasmo del Estado alemán por controlar su industria preferida; o también en la obstinada negativa a introducir límites de velocidad en las autopistas alemanas, que son prácticamente las únicas en el mundo que no los tienen.

Posfacio

La realidad evoluciona tan rápidamente que a la reflexión crítica le cuesta mantener el paso. Este libro, escrito en francés entre 2022 y 2025, tenía como título *Ecología o economía. Hay que elegir*. Se trata del *détournement* de una campaña publicitaria francesa que hace algunos años instaba a los automovilistas a «Boire ou conduire, il faut choisir» (Beber o conducir, hay que elegir). O lo uno o lo otro. El título del libro señalaba, pues, uno de los principales temas que se podía encontrar en su interior: la crítica del enfoque que ha prevalecido entre finales de los años 2010 (impulso del «Pacto Verde por Europa», European Green Deal) y 2022, tanto a nivel de las instituciones nacionales, al menos en occidente, como a nivel de la Unión Europea, y que consistía en anunciar medidas en defensa de la naturaleza, y sobre todo del clima, pero también de protección de los consumidores, especialmente en el ámbito de la alimentación (programa «De la granja a la mesa») y de la salud. Se aseguraba entonces que tales medidas no solo no entrarían en conflicto con la razón económica y la «competitividad» europea, sino que incluso tendrían repercusiones muy positivas para la economía. Ecología y economía se presentaban, en líneas generales, como compatibles, y a este respecto existía un amplio acuerdo entre las fuerzas políticas. El objetivo de este libro era atacar esa tentativa hipócrita de nadar y guardar la ropa, y demostrar que la propia economía —entendida como idéntica al capitalismo— es siempre y en todo caso incompatible con la preservación de la vida en la tierra. Las medidas anunciadas a bombo y platillo para «salvar el futuro de nuestros hijos» habrían sido, no obstante, insuficientes para evitar la carrera hacia

el abismo, y a menudo no consistirían más que en sustituir un mal por otro (coche eléctrico, energías «alternativas», digitalización). En modo alguno pretenderían sacrificar la razón económica a la razón ecológica. Y en la medida en que la preocupación ecológica estaba ampliamente extendida en torno a 2020, había una pequeña esperanza de que, ante dicha elección, alguien hubiera empezado a dudar de la centralidad de la razón económica (en la que normalmente se cree tanto a derecha como a izquierda) y a exclamar: ¡Mejor consumir menos mercancías que vivir en un mundo inhabitable!

¡Esperanza frustrada! El viento ha cambiado a una velocidad sorprendente. Ante dicha alternativa —o la economía o la ecología, no se puede apoyar a las dos al mismo tiempo—, las instancias dominantes, pero también gran parte de las fuerzas políticas y de la propia «opinión pública», gritan ahora: ¡Pues claro! ¡Por supuesto! ¡Elijamos la economía! ¡Abajo la ecología si causa el menor perjuicio a la economía!

No hace falta recordar aquí en detalle lo que ha ocurrido en los últimos años: todas las tímidas medidas *green* han sido anuladas. No solo no se ha llevado a cabo el «pacto verde», sino que la *deregulation* actualmente en marcha ha hecho retroceder la legislación mucho más atrás. El libro cita una serie de ejemplos franceses relativos a los años 2022-2025. Desde entonces, la situación se ha agravado aún más, tanto en Francia y en otros países, sobre todo Estados Unidos, como a escala europea. Baste recordar que en este momento (otoño de 2026), el Parlamento Europeo está a punto de votar el paquete legislativo «Ómnibus X», que, en nombre de la «simplificación administrativa», constituye un enorme retroceso en materia de reglamentación ambiental y ha provocado protestas sin precedentes entre las asociaciones científicas y médicas.

La derecha y la extrema derecha (suponiendo que todavía exista alguna diferencia, puesto que la derecha «burguesa», «moderada» o «liberal» casi ha desaparecido) han hecho de la lucha contra todas las «imposiciones» ecológicas (presentadas siempre como «ecología

punitiva») un nuevo eje vertebrador de su estrategia de conquista del poder, con el éxito que puede verse (y demostrando una vez más que sus ideologías son solo palabras al viento: los mismos que no dejaban de parlotear de «naturaleza», «autenticidad», «tradición», «valores superiores», «rechazo del materialismo», «heroísmo», «sacrificios», se han entregado de forma mucho más extremista que las demás fuerzas políticas a la defensa de la razón económica, del «poder adquisitivo» como religión suprema, del «bienestar» material y del egoísmo más grosero). Pero el éxito de las derechas es tanto la causa como la consecuencia del *backlash* antiecológico global. En efecto, en este y en otros ámbitos (inmigración, «seguridad»), los Gobiernos y partidos «centristas» se distinguen de sus competidores de extrema derecha, y probables sucesores en el Gobierno, solo por algunos matices. La convicción de que hay que renunciar completamente a la ecología se ha vuelto común en buena parte de la sociedad, y, por desgracia, los «dominados» a menudo la comparten a fondo. En cuanto disminuye su «poder adquisitivo», su confort se ve amenazado un poquito y sube el precio de la gasolina, no solo los bosques y las ranas, los glaciares y la desertificación desaparecen del horizonte mental, sino que incluso las cuestiones que afectan directamente a todo el mundo y que se sienten «en la piel», como los veranos tórridos, los incendios, las inundaciones, los pesticidas en los alimentos, los contaminantes orgánicos persistentes —como los PFAS (sustancias perfluoroalquiladas y polifluoroalquiladas)—, ya no cuentan. La repetición de los calores extremos genera sobre todo una demanda de «adaptarse» al cambio climático, y de nuevo en esto, al menos en Francia, es la extrema derecha la que tiene las propuestas más cercanas a las reivindicaciones populares, cuando defiende instalar aire acondicionado en todos los edificios públicos. Se habla exclusivamente de «resiliencia», nunca de soluciones, y siempre que esta no cueste demasiado.